

La fiesta del niño solo

Pedro VÍllora

Recuerdo al niño solo caminando por el paseo más vistoso. Lo considero así no sólo porque era realmente bonito, todo bordeado de árboles y desembocando en un parque que, de pequeño, parecía inmenso y lleno de recónditos lugares que nunca se llegarían a conocer por completo; era vistoso además porque, sobre todo en verano, servía para ser visto, y también para ver.

Agrupadas a lo largo de casi toda la extensión del paseo, las terrazas se sucedían con abundancia de mesas metálicas, de plástico, hasta de mimbre, cada una rodeada por un número variable de sillas –generalmente cuatro- a juego. No sé bien cómo estarían las sillas por las mañanas, porque en raras ocasiones iba a esas horas, pero las imagino más bien vacías. Otra cosa sucedía por las tardes, cuando se acercaba la hora de la cena, o justo después, y de repente se notaba un saludable frescor que inevitablemente sacudía en las casas sus tórridas fachadas y arrojaba a sus moradores a unas calles que recobraban por unas horas la urgencia del encuentro. Entonces las terrazas se llenaban de gentes, no exactamente jóvenes: veinteañeros, si no de más edad, algunos ya casados o a punto de estarlo, padres con criaturas pequeñas en carritos, o con hijos más crecidos que rondaban por allí; o acaso con chavales de esos que sólo aparecían a la hora del almuerzo, y aun así. Abuelos también; personas mayores, en fin: gente.

Se sentaban al borde del paseo y hacían como que tomaban el fresco, o una bebida, a lo mejor horchata o limón granizado, o acaso un café o una copa de algún licor no demasiado extraño. Se supone que se descansaba, se gozaba de la benévola temperatura o se bebía; pero aunque no se dijese, aunque no se fuese consciente de ello incluso, lo cierto es que se iba allí porque se veía. Gente tranquila viendo a más gente tranquila, grupos en torno a una mesa saludando con la mirada y el gesto a grupos de otras mesas alejadas o adyacentes. Acomodados espectadores de quienes caminaban paseo arriba y abajo en busca de sitio libre donde sentarse y mirar.

Ver a los unos, ser visto por los otros, disfrutarse como objeto de la visión ajena, vivir para verse y para ver.

No era el único paseo, pero sí el de más movimiento y trajín; y si uno se sentaba veía pasear; y si uno paseaba veía quién estaba sentado y quién no. Pero nunca nadie, así fuese de arriba abajo o de abajo arriba, así permaneciese la tarde y la noche enteras a la misma mesa, nadie, nunca, se dejaba ver sin compañía; no ya de amigos: de cualquier familiar, de un conocido despistado, de alguien con quien no existía confianza, de uno que pasaba por allí, de no se sabe quién. Nadie, insisto, salvo, claro está, el niño solo.

Era tan raro que uno, igual, ni siquiera lo veía, pero quien en un momento de despiste se fijaba en él un instante más de la cuenta, ese no le olvidaba. Porque un niño solo no era un niño como los demás. No era un niño normal. No era un niño corriente.

Quiero recordarlo muy serio, pero no estoy seguro. Muy discreto sí, sin duda, pero no exactamente lo que se entiende como serio, o tranquilo, o formal. Más bien sin expresión determinada, ni sereno ni triste, ni receptivo ni huraño, ni despierto ni no. Eso: sin expresión.

Al niño solo lo veía andar pegadito a la pared, ni deprisa ni despacio, sorteando a las personas que obstaculizasen su camino pero sin variar el ritmo de sus pasos. No aparecía cada día, o no me fijaba, pero cuando notaba su presencia me asombraba que fuese siempre igual: venía de un extremo del paseo, lo recorría sin mezclarse con la gente y desaparecía doblando una esquina. Nada más.

Lo último no lo vi, pero me lo contaron.

Se ve que al niño solo también le gustaban las Fiestas, como a todos los niños; o no todas las Fiestas pero sí la Feria, o la noria; o ni siquiera la Feria ni la noria y la verdad sea que no le gustase nada, ni la Feria con sus caballitos enanos que caminaban en círculos, y el tren de la bruja, y los coches de choque con sus músicas modernas, y el pulpo de brazos articulados con asientos que giraban, y la tómbola que el primer día prometía regalos de precio y el último sólo entregaba flamencas de plástico y licoreras, y las cocinas donde se asaban pollos trinchados que también daban vueltas, y las churrerías donde unas señoras con delantales blancos servían chocolate en vasos de

plástico, y el descampado oscuro donde los chicos hacían sus necesidades. Quizá tampoco le gustasen las Fiestas, con la gente en el mismo paseo pero en más número y mejor vestida, y con más ruido y más luz en todas partes, y con los fuegos de artificio que esparcían una lluvia encendida que amenazaba abrasarlo todo pero que no quemaba, y el estruendo interminable de la traca, y la Cabalgata con los disfraces y las bandas de música y las charangas y las serpentinas y los circulitos de papel de colores que tenían un nombre extraño, y los puestos ambulantes de turrón que no se compraba, y los desfiles con las mismas chicas que vestían distinto y los mismos hombres que vestían igual.

Se ve que nadie sabía lo que al niño solo le gustaba o le dejaba de gustar.

Al niño solo lo encontraron en una zona cerrada del parque, donde años después construirían la piscina. Lo buscaban desde la noche anterior, pero nadie se imaginaba que estuviese tan cerca, casi en el centro del pueblo, justo al final del mismo paseo donde se le había visto por última vez. Entonces sí se habían fijado todos en él, y hasta hay quien dice que parecía feliz, e incluso que reía con grandes carcajadas mientras montaba al primero del grupo de caballitos enanos que galopaban entre las terrazas, volcando las sillas y saltando sobre las mesas, hasta desaparecer dejando a la gente aturdida.

Me contaron que algunos de los caballos pastaban las hierbas que allí crecían, pero que otros estaban tumbados junto al cuerpo del niño solo, mirando su boca manchada de algodón dulce y la manzana de caramelo a medio comer que aún tenía entre las manos.